

The Mirror Column
6-22
Obispo William Joensen

Fiesta de la Libertad y la Esperanza

Incluso si no estamos formalmente sitiados en nuestro país, la serie de horribles tiroteos en las últimas semanas nos deja tristes, mortificados y en riesgo de perder la esperanza en nuestros prójimos. Los lugares ordinarios de la vida —una escuela, una tienda de comestibles, un hospital e incluso una iglesia prácticamente en nuestro propio patio trasero, entre otros lugares— se han convertido en lugares de derramamiento de sangre y brutales sacrificios humanos. Ya no se trata simplemente de dar por sentadas nuestras libertades; dondequiera que vayamos, nuestra vida diaria puede parecer en riesgo, tan vulnerables nos encontramos. E incluso en raras ocasiones, los encargados de protegernos y mantener la paz pública parecen fallarnos. La conmoción y el asombro pueden convertirse en indignación y enojo, ¡esto no debería ser así! Sin embargo, lamentablemente, con qué frecuencia nuestro deseo colectivo de justicia, responsabilidad y mayor seguridad parece convertirse en un refuerzo del status quo. Y así suspiramos mientras el gran sonido de succión de nuestra esperanza menguante ahoga las voces murmurantes que pueblan nuestra sociedad.

Dos monseñores fallecidos de ascendencia italiana, Lorenzo Albacete y Luigi Giussani, se refieren a las palabras de Dostoievski en *Los hermanos Karamazov* en respuesta a posibles consuelos sobre el sufrimiento y la muerte, que cito extensamente:

Debo tener retribución, o me destruiré a mí mismo. Y la retribución no en algún lugar en la infinidad del espacio y el tiempo, sino aquí en la tierra, y para que yo mismo pudiera verlo. Yo era un creyente, y quiero ver por mí mismo. Y si estoy muerto para ese momento, que me resuciten, porque si todo sucede sin mí, será demasiado injusto.

Seguramente la razón de mi sufrimiento no fue que yo, así como mis malas acciones y sufrimientos, puedan servir como abono para alguna futura armonía para otra persona.

Quiero ver con mis propios ojos al león yacer con el cordero y al hombre asesinado levantarse y abrazar a su asesino. Quiero estar allí cuando todos descubran de repente para qué ha sido todo.

Con qué astucia capta el novelista los gritos cósmicos que acechan en nuestros corazones, en nuestras entrañas: ¡Quiero ver! ¡Quiero ver justicia! ¡Quiero darle sentido al sacrificio! ¡Quiero ver a los seres humanos hacer las cosas bien libremente sin un arma o una sentencia de prisión pendiendo sobre sus cabezas! Quiero ver a las personas pedir ayuda cuando están sufriendo, y tener a alguien allí para responderles antes de que se derrumben y se lleven a otros con ellos. Quiero un Dios que no se aleje con exasperación ante el mal, ya sea el de los demás o el mío propio, y que no espere hasta que la raza humana se recupere para hacer las paces con el desorden de todo.

Si bien el estiércol puede ser el "olor a dinero" para nuestros agricultores, quiero que los humanos dejen de producir una pestilencia que proviene de negar la dignidad de los demás, su derecho a existir en este planeta. Más que retribución, quiero reconciliación, y salvo eso, quiero una razón para levantarme otro día en lugar de quedarme en posición fetal en la cama. Quiero que el cielo y la tierra estén en comunicación más estrecha, para que tal vez la confianza resurja y la esperanza viva entre nosotros.

Con todos estos deseos no correspondidos, hay una cosa por encima de todo lo que me permite continuar: la Eucaristía. La Eucaristía es la decisión de Dios de inclinarse y permanecer con nosotros pase lo que pase. La Eucaristía es vulnerabilidad divina, Jesús poniéndose en nuestras manos para hacer lo que queramos— y nos amemos más a nosotros mismos si nos aventuramos amar a los demás, independientemente de cómo nos respondan. Jesús desciende al espacio aéreo humano en el momento señalado, que es cada vez que recordamos en nuestra Misa local quién es él y qué hizo en la Última Cena, para que podamos recordar quiénes somos cuando tengamos la tentación de perderlo. Como mis hermanos obispos y yo reflexionamos sobre el Misterio de la Eucaristía, “En la Última Cena, Jesús se revela como el Cordero Pascual. . . cuyo sacrificio trae la liberación de la esclavitud del pecado y cuya sangre marca un nuevo pueblo perteneciente a Dios» (n. 15).

Jesús no deja que su cuerpo y su sangre sean **abonados** (**compostados**); consagra el pan y el vino para que podamos verlo y consumirlo y llegar a ser más como él. Y si dejo que mi mirada se detenga en él aunque sea por unos momentos, al menos una hora, vislumbro el cielo, donde creo que por fin todo tiene sentido, y el sufrimiento nunca es en vano.

Entonces, en lugar de contraerme en el rigor mortis de las actitudes auto-protectoras y santurronas, me encuentro más flexible y receptivo en lugar de reaccionar de manera instintiva. En definitiva, quedo libre para elegir ser prójimo, hermano, amigo cívico; Soy voluntario de Dios para ir con la gracia en lugar de la corriente y, sobre todo, para mantener viva la esperanza. Me inspira imitar a personas como Jesús de la Parroquia de Nuestra Señora de las Américas en Des Moines, quienes con un grupo de 16 o más feligreses pasan una buena parte de sus jueves por la noche recorriendo los vecindarios tocando puertas. Si les abren, intentan involucrar a los

residentes para ver si hay rastros de fe en su historia de vida, si tienen preguntas o problemas de los que les gustaría hablar y si están abiertos a mantener la conversación abierta para futuras visitas. Jesús y sus amigos han ayudado a reparar corazones y esperanzas rotas, a revivir la fe católica en algunas de las personas que han visitado que regresan a la comunión con su parroquia y la Iglesia universal. ¡Necesito ser como Jesús!

El 19 de junio de este año, la Fiesta del Corpus Christi, el Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo, marca el comienzo oficial de un renacimiento eucarístico de tres años promovidos por los obispos católicos de nuestra nación. Hay una gran cantidad (¡juego de palabras!) de iniciativas inspiradoras y oportunidades de reflexión y materiales en línea e impresos, que culminarán en una asamblea nacional en 2024 en Indianápolis. Todo esto está muy bien, pero así como se dice que toda política es local, también lo es la fe. A menos queelijamos libremente estar presentes en la Presencia, dejar de lado el dispositivo móvil y abrazar la “inconveniencia” de poner nuestros cuerpos en movimiento y reposo ante el misterio del Santísimo Sacramento y de las personas sentadas a nuestro alrededor, cualquier seguridad sentida o la autosuficiencia será falsamente comprada a bajo precio. Sólo en Jesús tienen sentido la vida, el sufrimiento y la muerte. Solo en Cristo Encarnado la vida humana se vuelve sagrada, independientemente de las apariencias, desastres naturales o tragedias provocadas por el hombre. Una vez más, los obispos de los Estados Unidos: “San. Juan Crisóstomo predicaba que cuando veas el cuerpo de Cristo 'puesto delante de ti [en el altar], di para ti mismo: Por este Cuerpo ya no soy tierra y ceniza, ya no soy prisionero, sino libre: por eso espero el cielo, y para recibir cosas en él, la vida inmortal, la porción de los ángeles, [y la cercanía] con Cristo” (n. 19).

El 4 de julio puede ser el único día festivo en el que celebramos la libertad de nuestra nación, pero el 19 de junio es una ocasión distintiva que comunica e inspira cada día que nos levantamos del sueño y nos deleitamos con la libertad y la esperanza disponibles para nosotros cada vez que celebramos la Santa Misa. Nos encontramos con Jesús en la Eucaristía, obtenga una vista previa de para qué ha sido todo, y descubra que junto con el pan y el vino, nosotros también somos transformados. Como describe la Doctrina Social de la Iglesia, nos convertimos en “personas capaces de llevar la paz donde hay conflicto, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde prevalece la explotación del hombre por el hombre. Sólo el amor es capaz de transformar radicalmente las relaciones que [los seres humanos] mantienen entre sí” (n. 4). El Cuerpo y la Sangre de Cristo: ¡Amén!

Notes:

- 1) In the paragraph on the page 3, which starts, “Jesus doesn’t let his body and blood be composted;” The word “be composted” it can translate as “**abonados**” or “**compostados**”. The word in blue “**abonados**” it is more common and popular, the word “**compostados**” is more educated word.
- 2) In the paragraph which starts, “This year’s June 19th Feast of Corpus Christi,” the section of “embrace the “inconvenience” of setting our bodies in motion and at rest before the mystery of the Sacrament”... In the translation, I underlined the word Santísimo if the word “Sacrament” refers to “Blessed Sacrament” if the word “Sacrament” doesn’t it, please erase it.

The Mirror Column
6-22
Bishop William Joensen

Feast of Freedom and Hope

Even if we are not formally under siege in our country, the spate of horrendous shootings in recent weeks leaves us saddened, mortified, and at risk of losing hope in our fellow human beings. Ordinary venues of life—a school, a grocery store, a hospital, and even a church practically in our own backyard, among other places—have become sites of bloodshed and brutal human sacrifice. It's no longer a matter of merely taking our freedoms for granted; wherever we go, our daily lives can seem at risk, so vulnerable do we find ourselves. And even on rare occasions, those charged to protect us and uphold the public peace seem to fail us. Shock and awe can turn into indignation and anger—this should not be! Yet sadly, how often our collective desire for justice, accountability, and heightened safety seems to devolve into reinforcing the *status quo*. And so we sigh as the great sucking sound of our waning hope drowns out the murmuring voices populating our society.

Two late monsignors of Italian heritage, Lorenzo Albacete and Luigi Giussani, refer to Dostoevsky's words in *The Brothers Karamazov* in response to possible consolations about suffering and death, which I cite at length:

I must have retribution, or I shall destroy myself. And retribution not somewhere in the infinity of space and time, but here on earth, and so that I could see it myself. I was a believer, and I want to see for myself. And if I'm dead by that time, let them resurrect me, for if it all happens without me, it will be too unfair. Surely the reason for my suffering was not that I as well as my evil deeds and sufferings may serve as manure for

some future harmony for someone else. I want to see with my own eyes the lion lie down with the lamb and the murdered man rise up and embrace his murderer. I want to be there when everyone suddenly finds out what it has all been for.

How astutely the novelist captures the cosmic cries lurking within our hearts, our bowels: I want to see! I want to see justice! I want to make sense of sacrifice! I want to see human beings freely make things right without a gun or a prison sentence hanging over their heads! I want to see people reaching out for help when they are hurting, and have someone there to answer them before they melt down and take others with them. I want a God who doesn't turn away in exasperation in the face of evil—whether that of others or my own—and who doesn't wait until the human race gets its act together to make peace with the messiness of it all.

While manure may be the “smell of money” for our farmers, I want humans to stop making a stench that stems from denying each other's dignity, their right to exist on this planet. More than retribution, I want reconciliation, and barring that, I want a reason to get up another day rather than stay crawled up in a fetal position in bed. I want heaven and earth to be in closer communication, so that maybe trust will rise again, and hope will live among us.

With all these unrequited desires, there's one thing above all else that enables me to go on: the Eucharist. The Eucharist is God's decision to bend down and remain with us no matter what. The Eucharist is divine vulnerability, Jesus placing himself into our hands to do whatever we will—and we will love ourselves more if we venture love of others, regardless of how they respond to us. Jesus lowers himself into human airspace at the appointed time, which is whenever we remember at our local Mass who he is and what he did at the Last Supper, so that we can recall who we are when we're tempted to lose it. As my brother bishops and I reflected on the Mystery of the Eucharist, “At the Last Supper, Jesus reveals himself to be the Paschal

Lamb . . . whose sacrifice brings liberation from slavery to sin and who blood marks out a new people belonging to God” (n. 15).

Jesus doesn't let his body and blood be composted; he consecrates bread and wine so that we can see him and consume him and become more like him. And if I let my gaze linger on him for even a few moments, let alone an hour, I catch a glimpse of heaven, where I believe at last it all makes sense, and suffering is never in vain.

Then, rather than contract in the rigor mortis of self-protective and self-righteous attitudes, I find myself more flexible and responsive rather than kneejerk reactive. All in all, I remain free to choose to be a neighbor, a brother, a civic friend; I am God's volunteer to go with grace rather than the flow, and above all, to keep hope alive. I am inspired to imitate people like Jesus of Our Lady of the Americas Parish in Des Moines, who with a group of 16 or so fellow parishioners spend a good portion of their Thursday evenings going around neighborhoods knocking on doors. If they open, they try to engage residents to see if there are traces of faith in their life story, if they have questions or issues they would like to talk about, and if they are open to keeping the conversation open for further visits. Jesus and his friends have helped to mend broken hearts and hopes, to revive Catholic faith in some of the people they have visited who return to communion with their parish and the universal Church. I need to be like Jesus!

This year's June 19th Feast of Corpus Christi, the Most Holy Body and Blood of Christ, marks the official beginning of a three-year Eucharistic revival sponsored by our nation's Catholic bishops. There are a host (pun intended!) of inspirational initiatives and reflective opportunities and on-line and print materials, culminating in a national assembly in 2024 in Indianapolis. This is all well and good, but just as all politics is said to be local, so is faith. Unless we freely choose to be present to the Presence, to set aside the mobile device and

embrace the “inconvenience” of setting our bodies in motion and at rest before the mystery of the Sacrament and of the persons seated around us, any felt security or self-sufficiency will be falsely, cheaply purchased. Only in Jesus do life, suffering, and death make any sense. Only in Christ Incarnate does human life become sacred, regardless of appearances, natural disaster, or humanly induced tragedy. Again, the U.S. bishops: “St. John Chrysostom preached that when you see the body of Christ ‘set before you [on the altar], say to yourself: Because of this Body I am no longer earth and ashes, no longer a prisoner, but free: because of this I hope for heaven, and to receive things therein, immortal life, the portion of angels, [and closeness] with Christ” (n. 19).

July 4th may be the one holiday we celebrate our nation’s freedom, but June 19th is one signature occasion informing and inspiring every day we rise from slumber and feast on the freedom and hope available to us each time we celebrate Holy Mass. We meet Jesus in the Eucharist, gain a preview of what it all has been for, and find that along with bread and wine, we, too, are transformed. As the *Social Doctrine of the Church* describes, we become “people capable of bringing peace where there is conflict, of building and nurturing fraternal relationships where there is hatred, of seeking justice where there prevails the exploitation of man by man. Only love is capable of radically transforming the relationships that [humans] maintain among themselves” (n. 4). The Body and Blood of Christ: Amen!